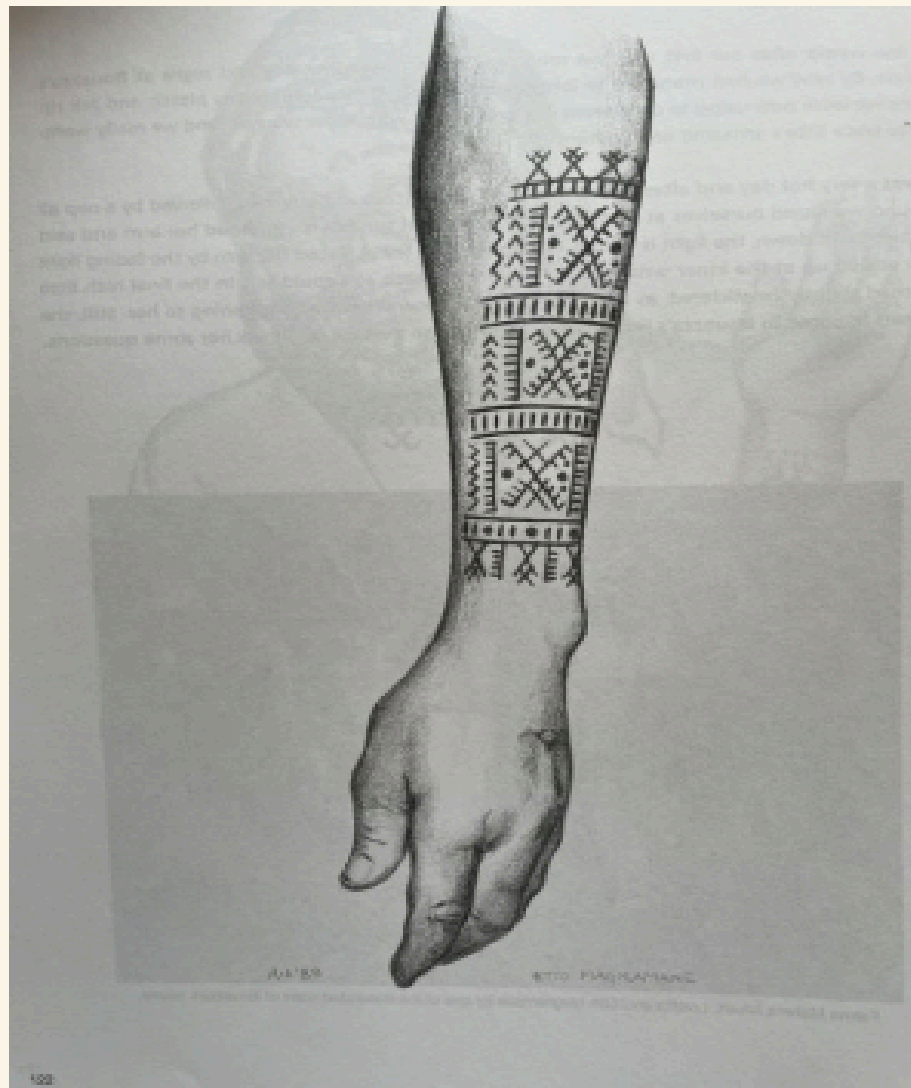


# CICATRICES

De la Tierra a la Piel

—



NUMERO DE  
PARTICIPANTE :  
654

Solía caminar al ritmo del compás de las agujas del reloj, suavemente, sin prisa pero sin pausa. Se disipaba entre los estudiantes de la universidad como una gota de agua en el mar. No destacaba, no quería destacar. Fathma siempre fue un susurro, una estudiante cuya esencia se deslizaba en la penumbra. Recuerdo que siempre se sentaba en el rincón derecho del aula, al fondo de todo, donde las sombras y los silencios tejían el telar de su discreción. Encorvada, absorbía los relatos de nuestros profesores en la facultad de arqueología. Nos hablaban de los misterios enterrados en las capas del tiempo y le fascinaba. Sus ojos se encendían. Con sigilo, cuando estaban hablando de algo que le apasionaba, alzaba la mirada muy lentamente. Y unos ojos negros se revelaban. Pero no de frío carbón, sino llenos de la cálida arena del desierto. Su mirada iba más allá de los límites de Madrid, más allá del mar Mediterráneo. Era una ventana abierta a los secretos del Sahara.

Un día decidió revelar esta verdad ante nuestras miradas. Esa mañana entró en el aula con la mirada elevada. Debajo de esos ojos intensos lucía un fascinante dibujo que vestía su mentón. Fathma se había tatuado la cara. Ese día decidió ser vista. Volvió a sentarse en su sitio habitual pero ya no era invisible. Desde ese día se hizo visible un nombre, una identidad.

El tatuaje dibujaba una línea que iba desde la parte inferior de sus labios hasta la base de su mentón y que estaba rodeada simétricamente por pequeños puntos que bajaban también linealmente. Me sentí intrigada y ese mismo día decidí acercarme a ella, necesitaba conocer el significado de ese símbolo, conocer la historia que estaba impregnada en su piel, conocerla a ella. Resultó sorprendentemente fácil aproximarse a ella y empezar a hablar. Sólo hizo falta una mirada y una sonrisa tímida. Me presenté y esa misma tarde fuimos a tomar algo a una tasca cercana.

La penumbra del antro nos abrazaba con un aire claustrofóbico, envueltas en un bullicio de conversaciones intrascendentes sentimos que gradualmente nos absorbía hacia el interior. Al cruzar el umbral, percibí como todas las miradas se dirigían hacia Fathma, más específicamente hacia su mentón. Sin embargo, caminó dignamente entre ese enjambre de espectadores hasta hallar una minúscula mesa escondida en el fondo. Y sentadas en ese rincón efímero de una taberna cuyo nombre no recuerdo, Fathma me sumergió en un universo totalmente nuevo para mí, transportándome con su relato a un lugar desconocido: Marruecos.

La familia de Fathma provenía de la zona del Rif, residían bajo las alas de “La Paloma Blanca”, Tetuán. Sus padres habían sido criados entre bosques de cedro y roble en una familia agricultora muy pobre. Sin embargo, de niña, Fathma no tuvo oportunidad de percibir el aroma embriagador de las callejuelas de Tetuán, era incapaz de imaginarse el cóctel de olores especiados que danzaban en esa atmósfera mediterránea. Tras la independencia de Marruecos en 1956, sus padres habían huido del nuevo régimen fundamentalista islámico, Istiqlal, y la consiguiente represión contra su pueblo. Aziza, su madre, trajo a Fahma y a su hermana al mundo bajo la luz blanca de un hospital español. Sus hijas se habían pues criado lejos de sus orígenes desconociendo por completo la cálida luminosidad naranja del sol bereber que bañaba las tierras de Marruecos.

Sin embargo, con 19 años, Fathma hacía apenas una semana que había regresado de Marruecos después de visitarlo por primera vez. La matriarca de la familia, su abuela Ghizlane, se encontraba gravemente enferma, y sus padres decidieron regresar para acompañarla en sus últimos suspiros. A pesar de los muchos años transcurridos, todavía recuerdo su vívido relato como si lo estuviera escuchando ahora.

---

Conocer el minúsculo pueblo donde nacieron mis padres no me entusiasmaba. Quizás en lo más profundo de mí sí que sentía curiosidad pero, al mismo tiempo, me embargaba el temor de confrontar el profundo desapego que sentía por las tradiciones ancestrales de mi familia. Sin embargo, al bajar del avión en el aeropuerto Nador-Al Aroui un aire melancólico invadió mis fosas nasales; como si de alguna manera hubiera vuelto al hogar de una vida anterior. No obstante, esta sensación solamente duró unos instantes. Al salir a la calle me vi como una impostora. Rápidamente me di cuenta de que no encajaba, de que era como una partitura discordante en una sinfonía armoniosa. Desde la distancia, se oían cánticos, el Adhan, emanando de la "Mosquée Monte Arruit", convocando a los fieles musulmanes a la oración. Las calles vaciadas dejaban en evidencia que ninguno de nosotros vivía las costumbres de ese lugar.

Para llegar a El Rif aún quedaban dos horas y media de trayecto por las carreteras desiertas del país. Seguimos trayecto a lo largo de la costa, haciendo una breve parada en la Plage Gansou, hasta que por fin nos adentramos en el territorio de Yebala. Después de un fatigoso

tramo final, atravesamos las montañas del Rif y llegamos a la pequeña población donde nos esperaba nuestra familia.

En mi interior, resonaba una verdad que me parecía incuestionable: lo único que compartimos con sus habitantes es la misma sangre pero, más allá de ese vínculo entre generaciones, somos absolutos extraños. Lo que yo no entendía entonces es que la sangre no es sólo un líquido rojizo que recorre las venas; sino un lazo invisible que te conecta con tus antepasados y que con cada latido de tu corazón te recuerda quien eres y de dónde procedes.

Llegamos tarde, el sol ya se estaba empezando a esconder bajo las montañas. La carretera hecha de aglomerado había estado ralentizando nuestro paso hasta que dejó de existir para encontrarnos conduciendo sobre tierras rocosas y áridas en medio de silencio y vacío. De pronto en el horizonte nos pareció ver una minúscula aldea. Estaba compuesta de cuatro casas hechas de adobe que me parecieron meras extensiones de la tierra que las circundaba. Acabábamos de adentrarnos en un microcosmos amazigh. Una cultura tan rica como antigua que, aunque por aquel entonces ni siquiera lo sospechara, cambiaría mi vida.

Bajé del coche entre desconcertada y enfadada. ¿Habíamos viajado todo el día para llegar a la nada? No se escuchaba ni un susurro en el aire. Seguí a mis padres dentro de una humilde construcción donde supuestamente se consumía la vida de mi abuela. Ghizlane estaba estirada sobre una manta de lana. Dormía. Por un instante pensé que habíamos llegado tarde, pero al notar nuestra presencia abrió los ojos y me miró. Lo que vi en ellos no lo olvidaré jamás. Una mirada limpia, sana, y profunda como el mar, una mirada llena de amor hacia la nieta que veía por primera vez. Nos sonreímos mutuamente mientras tomaba su mano como dos almas gemelas que se reencuentran después de mucho tiempo. Era una mujer pequeña, sus rasgos se adivinaban todavía bellos aunque su rostro estaba arrugado por el sol y una vida a la intemperie. Era viuda, mi abuelo había muerto mucho tiempo atrás, y ahora vivía junto a tres de sus hijos y siete nietos. No dijo una palabra, volvió a dormirse sin dejar de sonreír y sostener mi mano. Eso fue todo.

La hermana de mi madre, Zahra nos acompañó a una habitación oscura y maloliente de la planta de arriba. Nos dormimos inmediatamente celebrando haber llegado a tiempo.

Desperté al alba, con el característico sonido que hacen dos rocas de moler desmenuzando grano. Al asomarme por el estrecho ventanuco de nuestra habitación pude descubrir a mi abuela sentada en el rellano de la casa moliendo trigo. Utilizaba un antiquísimo y desgastado molino de piedra de la misma forma que lo hicieran sus padres y los padres de sus padres y así hasta remontarse a épocas pre-islámicas e incluso más allá, hasta una época tan lejana, pensé, que se perdía en la noche de los tiempos. Más tarde aprendí que tenía la creencia de que esta molienda matutina le daba suerte pues poseía la baraka, la bendición de Dios. Curiosamente, el día de su muerte no utilizó el molino, pero no porque se sintiera morir, sino porque aquel día había nacido un pollino y, cuando eso ocurría, no se podía moler porque si no se secaría el hígado del jumento por obra de los diablos.

Bajé con asombro para sentarme a su lado y observar. Mientras molía no salió ni una sola palabra de su boca, ni de la mía tampoco. Ella hablaba tarifit, lengua de origen amazigh que poco a poco y de forma desapercibida por el resto del mundo se estaba esfumando como la tradición de los tatuajes que decoraban su arrugada piel. Al ser imposible establecer una conversación, nos limitamos a permanecer una al lado de la otra sin hablarnos con palabras pero compartiendo un intenso sentimiento de paz y compenetración. Aprendí a la vuelta que ni siquiera su marido, cuando aún vivía, sabía hablar esa lengua. Correspondía a las mujeres bereberes transmitir el conocimiento de la lengua materna a las generaciones siguientes. Pero al ser la mayoría analfabetas, la lengua se estaba evaporando con la modernidad pues sólo se transmitía a través de la tradición oral. En ese tiempo de silencio me fijé en los intrigantes tatuajes que adornaban su piel. Eran dibujos de rectángulos, redondas, cruces, y lo que parecían ser unas serpientes. Mi madre me explicó que cada tatuaje tenía su significado mágico y ancestral, por ejemplo, los tatuajes en el cuello prevenían el bocio, bastante común entre la población amazigh; los de los tobillos, del tendón de Aquiles y de los hombros, previenen la esterilidad y son realizados por los Bu-Sa'diyat; los de las muñecas protegen contra las torceduras; sobre la ceja, alivian los problemas oculares. Y así un sinfín de símbolos y significados que me fascinaron por completo.

A mi abuela la había tatuado cuando tenía apenas doce años una tatuadora profesional procedente de dos tribus cercanas, Aït Ghobri y Aït Itsourar, que se desplazaba a los pueblos durante el verano. La mujer dibujaba primero en la piel con carbón, luego pinchaba el diseño en la piel con un objeto puntiagudo y aplicaban alfalfa en la herida para darle al trazo un

color verde. Los tatuajes se utilizaban como símbolo de fertilidad cuando las niñas pasaban a ser mujeres. Al sangrar por primera vez.

Mi abuela se casó a los dieciséis años conforme a una antiquísima costumbre de su pueblo. La ceremonia empieza al anochecer mientras la gente baila en coro al ritmo de panderos mientras espera la llegada de la comitiva que acompaña el mulo que el novio envía para buscar a la novia. Como marca la tradición, Jada, su ya difunta hermana, baila entremedio de la gente con una maleta en la cabeza. Esa maleta contiene la ropa interior regalada por la familia del novio para la boda. Su otro hermano, Hasan, con una lámpara de butano abre camino hasta la entrada de la casa donde se celebra el convite. En la cocina se preparan los platos para agasajar a los comensales, una sopa harira, guiso de cordero, mantequilla fundida con touch mera, pimienta dulce, entre otros. En una habitación del piso superior, Ghizlane acompañada de sus hermanas y su madre se acicala para la boda. Se pinta con sulfuro de antimonio las cejas y pestañas. Luego se maquilla las mejillas con azafrán y carmín. Cuando acaba el convite reservado estrictamente a los invitados de la familia, una amiga lleva otra maleta roja con el ajuar. Ghizlane se monta en la mula junto a sus dos maletas camino a la cercana aldea de su flamante esposo. El padre del novio recibe a Ghizlane con su lámpara y a espaldas de su suegra entra en su nueva casa, que a partir de ahora será su hogar.

Durante el velatorio, rodeada de amigos y familiares de la difunta, me entretuve observando la sobria decoración de la casa que consistía en alfombras tejidas por Ghizlane durante toda su vida con preciosos y originales estampados. Era una verdadera artista. Los colores y trazos utilizados en sus textiles jugaban con la simetría y se organizaban según las concepciones amazigh de tonos claros y oscuros. En la mayoría de sus alfombras Ghizlane empleaba un tipo de textil llamado "taberraknut" con colores organizados en bandas horizontales que, como me explicó mi madre más tarde, representan la luz y la oscuridad. Estos colores están asociados con el ciclo de vida y se vinculan a la fertilidad de las mujeres.

Enseguida me di cuenta de que los estampados en los tejidos de mi abuela y los motivos tatuados en la piel de las mujeres amazigh se asemejan entre sí, y de pronto entendí con absoluta claridad que eran ellas las depositarias de la cultura inmemorial de este pueblo. Los tatuajes simbolizan su historia y sus creencias y, de alguna manera, pensé, son señales indelebles que dibujadas en los cuerpos de sus mujeres amazigh nos hablan de la supervivencia de la identidad Amazigh que pasa de madres a hijas generación tras

generación. Y comprendí también que mi abuela, aún siendo pobre y analfabeta, siempre había luchado por la conservación de la cultura heredada de sus padres y, éstos a su vez de los suyos, en una cadena interminable que se remontaba vertiginosamente miles de años atrás. Una historia llena de desprecios y olvidos, como el del rey Mohammed V quien nunca tuvo en consideración ni recompensó en modo alguno la zona rifeña y al Ejército de liberación, compuestos en su mayoría por miembros de la etnia amazigh, a pesar de haber sido durante décadas punta de lanza en la lucha contra el colonialismo francés para lograr el regreso del Sultán. Las aldeas amazigh, ignoradas y marginalizadas por las nuevas autoridades de Marruecos, nunca salieron del analfabetismo y sus tradiciones siguieron siendo mal vistas e incluso perseguidas. Entre ellas, los tatuajes. Un hostigamiento que venía de muy antiguo pues, en el siglo VII, con la expansión del islam en la región, ya se prohibió esta práctica por ir en contra de las enseñanzas islámicas. Desde entonces muchos amazighs la abandonaron quedando en manos de la población más vulnerable y castigada, sus mujeres.

---

Fathma terminó su relato de forma abrupta y de pronto volví a la penumbra del local donde nos encontrábamos las dos. Me miró con sus ojos penetrantes, negros como una noche sin luna, y me dijo que era tarde y que debía irse. Apenas tuve tiempo para formular una última pregunta: ¿qué significaba su flamante tatuaje en el mentón?. Ella sonrió misteriosamente y contestó que era un secreto, el secreto de su raza y que si estaba interesada en desvelar qué representaba debía descubrirlo por mi misma. Se marchó y jamás volví a verla. Nunca más apareció por la facultad y tampoco supe de ella. Me dejó con su secreto, una imagen que a pesar de mis esfuerzos no conseguía descifrar.

Pasaron treinta años desde ese día en el bar. En ese tiempo me licencié en arqueología, tuve la suerte de poder dedicarme a ello y, con los años y mucho esfuerzo, me convertí en una autoridad en mi especialidad, las excavaciones arqueológicas de asentamientos prehispánicos. Pero un día, cuando el secreto de Fathma permanecía enterrado en mi memoria aunque en absoluto olvidado, me encontraba en Tenerife trabajando en la Cueva de los Guanches y ocurrió algo maravilloso.

Se sabe que los guanches, los antiguos aborígenes de la isla que la habitaban antes de la conquista castellana, están entroncados genética y culturalmente con el grupo étnico de los

amazigh. Bajo capas de tierra y ceniza volcánica, los vestigios nos revelaban los misterios de su antigua civilización cuya impronta quedó enterrada en esta parte del mundo. Cada fragmento de cerámica, cada talla en piedra, contaba la historia de un pueblo que una vez, hace miles de años, buscó hogar y dejó su legado en estas lejanas tierras atlánticas. Cubierta por escoria volcánica dimos con lo que parecía ser una alfombra tejida por artesanos amazigh. En ella se mostraba una figura femenina al lado de un símbolo que de inmediato me resultó familiar. Era exactamente el mismo que, décadas atrás, llevaba tatuado en la cara Fathma. Y en ese momento supe el significado de su enigmática respuesta y del por qué desapareció tan de repente. Su secreto se mostró ante mis ojos, el suyo y el de su pueblo.

De vuelta a mi despacho y después de consultar con algunos colegas especialistas en el tema, comprobé que el rectángulo simboliza la fertilidad, y tatuado en el mentón suele indicar que la mujer que lo luce está embarazada. Fathma estaba en cinta, y había decidido volver a Marruecos para que la criatura naciera allí, con su gente. Quizás para devolverle la identidad que a ella le habían arrebatado. Una pérdida que desconocía pero que comprendió al conocer a su abuela Ghizlane, como quien por fin descubre la causa oculta de las cicatrices de su alma. A menudo la imagino viviendo con su hija en aquella diminuta aldea que tanto tiempo atrás me relató. Imagino que ha aprendido la lengua de sus ancestros, que atesora en su cuerpo preciosos tatuajes amazigh y que dentro de su corazón guarda con celo para la posteridad el maravilloso legado de su pueblo.